

Las prácticas docentes y el proceso de afiliación de los estudiantes. Las respuestas suelen estar del otro lado

❖ **CRISTINA E. ANSELMINO** | anselce@yahoo.com.ar

Facultad de Odontología | Universidad Nacional de La Plata

Voy a referirme en mi relato a las problemáticas que deben afrontar los estudiantes al ingresar a la universidad, intentando analizar las causas que las originan desde una doble perspectiva que incluye tanto la visión del docente como la del estudiante.

¿En qué cambié como docente desde que estoy cursando la Especialización en Docencia Universitaria?

Creo que esta es una pregunta común entre todos los que estamos transitando esta experiencia.

La mayoría de nosotros llegamos buscando respuestas a preguntas sencillas que nos hacemos año a año al final de las cursadas. Me pregunto por qué no logro que los alumnos estudien, por qué no pudieron aprender lo que les enseñé y por qué no tienen interés si se supone que es la carrera que eligieron por vocación

Las primeras pistas para responder a mis cuestionamientos las encontré en los textos que tratan acerca del “oficio” de estudiante como algo que debe ser aprendido a partir del ingreso a la universidad. (Casco, 2007) Distintos autores haciendo referencia al investigador francés Alain Coulon identifican a este proceso como proceso de afiliación, el cual comprende una afiliación intelectual y otra institucional.

Con claridad Feldman me invitaba a reflexionar al decir que “Esta idea de recorrido y de cambios por el que deben transitar los alumnos, no suele ser la imagen que como docentes tenemos en nuestras clases donde asumimos una paridad en la forma de relación con el conocimiento entre alumnos y profesores” (Feldman 2013).

La especialización en docencia me acercó a la pedagogía y a la didáctica, a la epistemología, a las políticas universitarias, todas disciplinas que contribuyeron sin duda al mejoramiento de mis prácticas a la hora de enseñar y de evaluar.

Sin embargo lo que más rescato de esta experiencia de posgrado es la posibilidad que tuve de volver a situarme en el lugar de alumna. Transitar el camino del estudiante en un terreno totalmente ajeno a mis saberes anteriores.

Desde mi experiencia como alumna en la especialización pude reconocerme en mis alumnos, experimentar dificultades seguramente similares a las que ellos se enfrentan y esta es la experiencia que quiero compartir y que reconozco como un proceso de afiliación

Comencé la Especialización con muchísimo entusiasmo y optimismo anotándome en cuatro seminarios. No pude con todos y después de dos clases tomé la decisión de abandonar uno de ellos. Me pregunto: "¿Qué habrán pensado los docentes?" – ". Que como es gratis me anoté y después dejé"

¿Por qué no habrían de pensarlo? ¿No es acaso esta la manera en que opino tantas veces cuando al final del cuatrimestre paso al libro de actas los alumnos libres?

Mi primer contacto con la especialización fue un seminario cuya dinámica exigía numerosas lecturas y comentarios al respecto. Un mundo textual totalmente nuevo para mí. Esos textos me devolvían contenidos incomprensibles para mi estructura de pensamiento. Buscaba definiciones, clasificaciones, material y método, resultados. Nada de eso. Los textos iban y venían. Repetían y reforzaban ideas, primero en forma breve, después más extensa, podía aparecer alguna conclusión o más bien una opinión.... ¿Qué debía hacer con todo lo leído? ¿Cómo dar cuenta de que lo entendía? Opté por reformular el texto convirtiéndolo en algo parecido a los textos a los cuales estoy acostumbrada....fracaso....no obtuve un producto adecuado Me pregunto: "¿qué habrán pensado los docentes?" –"que no había entendido nada" –"... "qué cómo pretendía entender si no hacía una lectura comprensiva del tema".

¿Por qué no habrían de pensarlo? ¿Acaso no comento con mis colegas una y otra vez que es una barbaridad que los estudiantes lleguen a la universidad sin saber leer en forma comprensiva y escribir coherentemente?

Los textos se referían a otros textos y a temas que yo nunca había leído. ¿Dónde conseguir más información? En la fotocopidora. – "¡Ah no! Si no me traés exactamente el título del

texto no te lo puedo buscar” En la biblioteca. “¡Ah no! Si no sos alumna de humanidades no podés hacerte socia”... ¿dónde busco? Internet...acá están... en el catálogo de la biblioteca de la Universidad. Genial, soy socia!! “¡Ah, no! Como docente no podés retirar los libros de la especialización, tenés que traer un certificado de alumna regular, te hacemos un nuevo carnet y entonces sí te podés llevar los libros. Lo logre pero: ¿Cuánto tiempo me llevó acceder a la bibliografía? Me pregunto:” ¿Qué habrán pensado los docentes?” “-que yo no tenía interés por ampliar la bibliografía y que me conformaba con la fotocopia”.

¿Por qué no habrían de pensarlo? ¿Acaso no me quejo cuando mis alumnos no traen el material solicitado o cuando no amplían los contenidos dados en clase?

Entender los textos, aprender a expresarme con la terminología correcta, usar los términos adecuados para que mis ideas fueran comprendidas y se ajustaran a las ideas que estábamos desarrollando en la clase... a fuerza de leer y leer descubrí que había expresiones que podían dar cuenta de mi manejo del tema:” la problemática que atraviesa” “la transposición”, “la experticia”, “el curriculum”, “el objeto de estudio”, “la Coneau”, “ los estándares”, “lo epistemológico”

No sé si alguna vez lograré expresar mis ideas con la terminología adecuada, pero lo que sí sé es lo que me costó expresarme en clase, poniéndome colorada, transpirando y sintiendo que el corazón me latía a mil, y ¡qué vergüenza por lo que me estaba pasando! Y bajar la vista para que no me pregunte a mí porque eso lo leí pero no sé cómo explicarlo. Me pregunto: “¿Qué habrán pensado los docentes?” “- Qué no leía lo suficiente y por eso no entendía lo que dicen los textos y entonces cómo iba a poder repetirlo. No hay caso. Los alumnos no estudian.”

¿Por qué no habrían de pensarlo? ¿Acaso no me enojo cuando pregunto y nadie contesta?, y si contestan pero su manera de expresarse no es la correcta, ¿acaso no me enojo más?

Fin de la cursada. Dudas, dificultades, nervios a la hora de acreditar. ¿Cómo hay que preparar el trabajo para aprobar? ¿Cómo se organiza el coloquio? ¿Nos manejamos con todos los textos o sólo con la bibliografía obligatoria? ¿En qué fecha hay que presentarlo? ¿Lo podemos postergar para después de las vacaciones? Es que justo esa semana tenemos que entregar el trabajo de otro seminario. Me pregunto:” ¿Qué habrán pensado los docentes?” “que quería tener todo servido” “que como no trabajé durante la cursada ahora me desesperaba por tener que hacer todo junto” “que quería estudiar lo mínimo para zafar”

¿Por qué no habrían de pensarlo? ¿Acaso no pienso que los alumnos deben ser capaces de estudiar y aprobar todas las materias a la vez?

¿A qué hora cortamos para un recreito? Y en charlas de recreo: ¿Ya rendiste el seminario tal? ¿Qué hay que entregar? ¿Y? ¿Qué te tomaron? ¿Cuánto tiempo te llevó hacerlo?

¿Qué pensarán los docentes cuando nos escuchan pidiéndonos las direcciones de correo para pasarnos las tareas? -“que somos unos vagos” -“que uno trabaja y los otros no hacen nada” -“que sólo estudiamos para aprobar”.

¿Por qué no habrían de pensarlo? ¿Acaso no me molesto cuando en la clase los trabajos individuales se transforman en grupales? ¿O cuando durante la presentación de un tema me preguntan si “eso “se toma en el parcial?

Una tarde, en el segundo encuentro de uno de los seminarios, el docente preguntó qué era lo que habíamos podido hacer desde el encuentro anterior a ese. Yo contesté como al pasar, para que no me escucharan, que había conseguido las fotocopias. Y el docente me contestó - ¡“lo cual no es poca cosa”.! ¡Qué alivio! Se estaba reconociendo mi esfuerzo. En mi esquema de estudio conseguir y organizar fotocopias no es algo a lo que estoy acostumbrada y durante esos quince días me había preocupado especialmente en tener todo el material para el seminario. En ese momento me di cuenta que yo era una estudiante más, como los que asisten a mis clases de histología en el primer año de la carrera de odontología

Desde ese lugar de estudiante me permití tener dudas, preguntar, contestar y equivocarme, pedir ayuda al docente, apoyarme en mis compañeros, pasarme los apuntes, pedir un recreo, sin sentir que todo eso estaba mal. Soy una estudiante, no importa el nivel educativo, y me pasan cosas de estudiante. Y lo que es mejor: mis docentes me consideran una estudiante.

Desde mis interrogantes, pude reflexionar acerca de cómo tantas veces clasifiqué a mis alumnos desde el prejuicio, sin tener en cuenta que yo formaba parte del problema por estigmatizarlos, por ponerlos siempre en déficit con respecto a ese ideal esperado y desde esa posición nunca iba a poder ayudarlos.

Entendí que a veces es más sencillo y descomprometido decir “no sé” que pasar vergüenza por no poder expresarse como el docente espera. Entendí que ese “no sé” puede querer decir “no tengo ganas de pensar”, “estoy aburrida”

Y entonces modifiqué mis prácticas: mis clases no tuvieron más preguntas directas sino invitaciones a pensar entre todos, aportando pistas, respetando los errores, aprendiendo con el otro.

Comprendí que los silencios pueden expresar más que las palabras. Que el silencio puede ser un “no te entiendo y no me animo a decírtelo”, puede ser un “no hice a tiempo a pesar de que me interesa”, puede ser un “no sé cómo hacerlo y vos no me lo estás explicando”

Entendí la importancia del reconocimiento recíproco al que se refiere Pierella (2014) desde el momento en que se reconoce al alumno como un sujeto en formación, con derecho a no saber sobre algunas cuestiones.

Y entonces, generé espacios dentro de la clase para escuchar opiniones, opciones de trabajo o revisar temas anteriores.

Tuve en claro que utilizar el tiempo de la clase explicando las maneras de acceder a la bibliografía o realizando prácticas de lectura y escritura para intentar hablar el mismo idioma no era perder el tiempo.

¿Cambí mis prácticas?, Seguramente que sí. Planifico mejor mis clases, distribuyo mejor los tiempos, diseño distintas estrategias (algunas innovadoras) para la enseñanza de los contenidos, evalúo en forma más coherente, recorto los contenidos ajustándome a las pautas curriculares.

Pero también cambié mi manera de situarme en la clase. Ya no estoy frente a la clase, sino que estoy en medio de ella, tratando de acompañar, aprendiendo mientras intento enseñar, escuchando, compartiendo el aquí y ahora, en ese espacio único y singular.

Valoré las lecturas de Freire y de Rancière, acerca del educador humanista que se identifica con los estudiantes en una perspectiva simétrica, tomando la igualdad como premisa.

Todo aprendizaje es un interaprendizaje, escribe Prieto Castillo citando a Simón Rodríguez. “La clave pasa por lo compartido, por lo que se puede aprender de los demás” (Prieto Castillo 1995). A partir de este concepto valoré el trabajo grupal, favoreciendo la comunicación, dando espacio a la creatividad. Y dejé de sentir temor ante lo imprevisible que pudiera surgir.

Aprendí que no hay estudiantes ideales, y las causas de sus conductas pueden ser múltiples y justificables. Pero si están escuchando mis explicaciones, realizando mis propuestas

“innovadoras”, contestando mis preguntas, es porque confían en que yo puedo transmitirles algo, que si quieren pueden aprender.

Al analizar mis prácticas desde “el otro lado” focalizando mi mirada a partir de la mirada de los estudiantes, encontré las respuestas a mis preguntas: si los estudiantes no estudiaron, no aprendieron o no se interesaron, puede ser que, a pesar de mi esfuerzo, mis prácticas no hayan sido las mejores, pero esa no fue la única razón.

BIBLIOGRAFÍA

Casco, Miriam (2007) Prácticas comunicativas del ingresante y afiliación intelectual. Ponencia. V Encuentro Nacional y II Latinoamericano La Universidad como objeto de investigación. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos.

Feldman, Daniel (2013). La formación en la universidad. Texto de la ponencia presentada en las I Jornadas Internacionales” Problemáticas en torno a la enseñanza en la Educación Superior. Diálogo abierto entre la Didáctica General y las Didácticas Específicas. Universidad Nacional de Villa María.

Freire Paulo. (1970) Pedagogía del oprimido. <http://www.ensayistas.org/>

Pierella Ma. Paula (2014). La autoridad en la universidad. Vínculos y experiencias entre estudiantes, profesores y saberes. CABA. Paidós.

Prieto Castillo Daniel. (1995). Educar con sentido. UN de Cuyo. Ediciones Novedades Educativas.

Ranciére Jacques. (2003). El maestro ignorante. Cinco lecciones sobre la emancipación intelectual. Laertes